

sentimiento de la dignidad humana, avergonzada de tener por albergue pechos corrompidos y almas que hayan relajado hasta los más triviales principios del deber.

Hay demostraciones de respeto que, por consideraciones de alta política, tienen que disfrazarse para que aparezcan simples consideraciones sociales, y alejar así del vulgo la idea de un respeto que inspiran la causa defendida y los hombres que la sostienen; demostraciones que en sí mismas son un tesoro de elocuencia y un tributo de admiración.

Bazaine no pudo ocultar á los defensores de Oaxaca los sentimientos que su conducta le inspiraron, y que, traducidos por el vulgo como exquisita cortesía del Mariscal, son á no dudarlo, justo y tácito reconocimiento de la grandeza de los sitiados que tan dignamente mandaba el desde entonces egregio General Porfirio Díaz.

El citado Bazaine, al llegar los prisioneros á la residencia del Cuartel general francés, mandó decir al General Díaz que nombrara á los jefes de su estimación que deseara le acompañaran en su marcha, así como se sirviera aceptar el banquete de despedida que tenía la honra de ofrecer "*al bizarro y valiente defensor de la patria de Juárez.*" (Palabras textuales).

Terminado el almuerzo que se sirvió en la hacienda de Montoya, los prisioneros, escoltados con lujo de fuerza, continuaron su marcha llegando á Etlá á las seis de aquella misma tarde.

No me creo obligado á justificar hechos que están en la conciencia de todos los hijos del sufrido y valeroso pueblo oaxaqueño, concretándome á decir que la entrada á Oaxaca del llamado Gobierno imperial, fué lo más desairada y silenciosa que imaginarse pueda: los balcones permanecieron cerrados y el amor patrio supo sobreponer-

se á la curiosidad; las calles, desiertas en lo absoluto, hicieron comprender al invasor que Oaxaca guardaba luto riguroso por el golpe mortal asestado á la República, luto natural y consecuente con los sentimientos democráticos de un pueblo que ha sido siempre el primero en derramar su sangre, defendiendo la Libertad y la Reforma.

Oaxaca había visto germinar al calor de sus progresistas ideas, genios privilegiados, patriotas sinceros, cuyo recuerdo era para aquella tierra de libertad, altamente sagrado; así es que cuando el invasor puso su planta en la capital de un Estado tan heroico, sus habitantes se sintieron heridos en lo más íntimo de sus caras afecciones.

Una demostración ruidosa de la antipatía con que el invasor era recibido, hubiera sido altamente impolítica, porque era tanto como provocar las iras de un enemigo que en Puebla, Veracruz y México había dado á conocer toda la hiel que tenía guardada en sus entrañas y que era pródigo en derramarla sobre los territorios invadidos.

Mis lectores no olvidarán por cierto los actos de barbarie que relaté en los capítulos VI del tomo anterior y I de este tomo.

Había otra razón de peso en el ánimo de los oaxaqueños para que éstos estuvieran justamente amilanados.

La fama del General Díaz como valiente, atrevido y organizador, había ya traspasado el límite de nuestras fronteras, y aunque el citado General, por su genial modestia, no comprendía todo su valer ni estimaba en sí mismo todo su prestigio, el pueblo, ese profeta harapiento que predice con seguridad los sucesos, ese nigromante misterioso que tiene intuiciones admirables, ese



medium de doble vista que contempla el porvenir como si fuera de bulto, vaticinaba que sobre la cabeza de aquel patriota se cernía la muerte pretendiendo cubrir con sus negras y pavorosas alas la figura gigante del que desde entonces era la encarnación de todas las esperanzas y la garantía de todos los derechos.

En los momentos de la prisión del General Díaz estaba ya en Francia uno de los hombres más funestos para el país, uno de los enemigos más irreconciliables de nuestra libertad: Forey, que había dado á conocer sus perversas intenciones y que vivía en medio de una atmósfera de venganza alimentada por el recuerdo de sus ineptitudes como soldado y sostenida por el peso de las humillaciones de todo género que sufrió con resignación, tenía que levantar su voz en el Senado francés, para dar todavía una prueba más de que su corazón era un receptáculo de maldades que jamás podrían desinfectar ni el tiempo ni la distancia. Forey pidió la cabeza del General Díaz como una "*garantía de paz para el floreciente Imperio mexicano.*"

El Conde Kerátry, á propósito de este suceso, dice en la página 60 de su obra, lo que copio.

"Es necesario recordar aquí, que el Mariscal Bazaine, gracias á un sitio enérgicamente dispuesto, acaba de encerrar en la Ciudad de Oaxaca y de hacer capitular en ella, al General juarista Porfirio Díaz con su ejército. Este jefe liberal, que había sostenido *con tanto valor* su causa con las armas en la mano *tenía derecho* á ser tratado como prisionero de guerra y con todas las consideraciones debidas á los vencidos. Al afirmar el Mariscal Forey en el Senado, que debía ser fusilado Díaz, cometía un error. Porfirio Díaz, como jefe regular de un Estado, cuya capital *tenía deber de defender*, puesto que su territorio jamás había sido pisado por el ejército francés ó imperialista, merecía *únicamente* ser internado reduciéndolo á prisión rigurosa: CUANDO MAS, se le debía haber desterrado de una manera provisoria á las Antillas. Estas me-

didias violentas, que no distinguen siquiera el carácter de un enemigo, son las que provocan terribles represalias."

Si no fuera porque la ofensa hecha al pueblo mexicano por el Conde Kératry, es grave, es de tal magnitud que nunca se olvida y mucho menos se perdona, me bastaría el pasaje copiado para reconciliarme con el que fué tan cruel cuando aseveró que: "México es un país maldito donde la palabra patria no levanta un eco." Kératry en esta vez ha sido concienzudo al juzgar al General Díaz y al reconocerle sus méritos como soldado, como patriota y como valiente.

Sólo Forey tuvo el triste privilegio de aparecer ante el mundo con toda la desnudez de una alma pervertida, donde ya no quedaba un solo sentimiento levantado, ni había una sola fibra de donde se arrancara un sonido armónico con la razón, con la justicia y con la honradez.

Todos los nobles sentimientos que el corazón humano trae á la vida, como rica herencia de ese algo misterioso que vive en nosotros sin ser nosotros mismos, de esa personalidad ignorada, impalpable, que nos alienta ó nos deprime en los grandes acontecimientos, habían huído de Forey, espantados de que en aquella alma hubiera inmensos piélagos de podredumbre donde no podía navegar tranquila y serena la conciencia.

Por fortuna la mayoría del Senado francés acogió con desdén y hasta con indignación las palabras de Forey, y el General Díaz fué encarcelado en Puebla, de donde logró evadirse, como en su oportunidad veremos.

Aunque relatados con algunas exageraciones los sucesos del sitio de Oaxaca, me parece oportuno insertar



aquí lo que dice el Capitán Noix en su obra: "Expedición de México: 1861-1867." La obra está escrita con alguna parcialidad, pero contiene varias confesiones honorables para la patria de Juárez, cuna de la libertad y baluarte del derecho, y otras que también honran al General Díaz.

"Al concluir el año de 1864, no se había hecho sentir la influencia francesa en las provincias del Sur de Puebla, en Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Ellas no habían reconocido la autoridad imperial.

Porfirio Díaz, uno de los mejores Generales del partido republicano, se estableció en Oaxaca, con un cuerpo considerable que mantenía fácilmente con los recursos de esta rica provincia. La presencia de estas fuerzas enemigas á poca distancia del camino real de Veracruz, obligaba al Mariscal Bazaine á conservar destacamentos, importantes en esta línea de comunicación, y preparaba los progresos de pacificación entre las poblaciones de esos países, bien dispuestos para el Imperio; pero antes de comprometer una expedición contra Porfirio Díaz, era necesario asegurar las provincias del Norte.

Oaxaca está situada á 120 leguas de México y á 90 de Puebla, y era necesario abrir un camino carretero para el paso de los convoyes. Con este objeto y con el de contener los avances del enemigo en el Estado de Puebla, el Mariscal previno desde Julio de 1864 al General Brincourt, Comandante superior de Puebla, establecer un destacamento de dos batallones en Huajuápam, á 50 leguas de Puebla, una columna francesa que debía avanzar de Orizaba á Teotitlán y una mexicana de Atlixco á Tlapa y la de Vicario de Cuernavaca á Chilapa. Bazaine consideraba que así quedaría el General Porfirio Díaz reducido al Estado de Oaxaca.

El General Brincourt, se dirigió á Huajuápam y la ocupó el día 1º de Agosto. El mismo día salió el Coronel Giraud de Orizaba, entró en Teotitlán y siguió á San Juan de los Cues, dejando destacamentos en su tránsito.

Porfirio Díaz que se encontraba en la línea de Huajuápam, haciendo su marcha por las montañas, llegó á Teotitlán y el 10 de Agosto á la cabeza de dos mil hombres, cayó de improviso á la Villa de San Antonio donde estaba una compañía del 7º de línea, al mismo tiempo que su hermano Félix Díaz con 600 infantes, 150 caballos y tres cañones, atacó la hacienda de Ayotla. Los destacamentos franceses y la caballería compuesta de mexicanos, se defendieron vigorosamente pero fueron derrotados.

El Coronel Giraud retrocedió á Teotitlán, y se preparaba para seguir retrocediendo hasta Orizaba, pero sabiendo que Porfirio Díaz meditaba un nuevo ataque, detuvo su movimiento. El 17 de Agosto, el General Brincourt se unió á Giraud y siguieron hasta Nochistlán á 35 leguas de Tehuacán y á 20 de Oaxaca, creyó que podía tomar esta ciudad; pero el Mariscal se lo impidió, porque tenía poca fuerza para sostener los avances de Brincourt en caso de derrota. Se dejó una fuerte guarnición en Yanhuítlán, que es una fuerte posición militar. Se activaron los trabajos para hacer caminos, los indios trabajaban bajo la dirección de los oficiales de Ingenieros franceses durante los meses de Septiembre y Octubre de 1864, inmenso trabajo concluído en Noviembre, para que los trenes pudieran llegar á Yanhuítlán. Entonces comenzaron los proyectos sobre la expedición á Oaxaca. Una fuerte columna de las tres armas, fué organizada bajo las órdenes del General Courtois d' Hurbal, Comandante de artillería del cuerpo expedicionario.

La columna principal, los convoyes y el parque de sitio, se encaminaron por el camino de Puebla á Yanhuítlán: dos columnas ligeras: una salió de Orizaba por el camino de mula ó herradero de Teotitlán: la otra saliendo de México, tuvo la orden de pasar por Cuernavaca, Morelos y Matamoros de Izúcar á fin de asegurar estas poblaciones alarmadas por algunas derrotas sufridas en los aliados mexicanos. Se debía reunir á Courtois d' Hurbal en Acatlán.

El sistema de defensa de Oaxaca era análogo al de Puebla: cansada la población, había dejado la ciudad que estaba cubierta de fortificaciones y trincheras. Las casas de los barrios habían sido destruídas y con los escombros se formaron inmensos parapetos á los cuales, los sólidos conventos servían de reductos. Un fuerte cuadrado de construcción antigua dominaba la ciudad. Porfirio Díaz había hecho levantar obras de tierra sobre las alturas vecinas, y disponía de siete mil hombres de los cuales tres mil eran de tropas regulares, y el resto formaba parte del contingente de los montañeses, tiradores hábiles que estaban armados con rifles americanos, y ardientes liberales que estaban muy unidos á Juárez su compatriota.

El hermano de Porfirio mandaba además 700 hombres de caballería y el uno y el otro, desplegaban la más grande energía para organizar la resistencia.

El 12 de Diciembre, el General Courtois d' Hurbal llegó á Yanhuítlán; desde este punto, no estaba el camino abierto todavía y fué necesario para descender al valle de Oaxaca, pasar por una sierra difícil; era el más grande obstáculo para la marcha de las columnas. Todo el material rodante fué dejado en Yanhuítlán: siguieron solo las tropas ligeras. El General se adelantó para organizar los talleres de trabajadores sobre el camino y reconocer la posición del enemigo.